



LA  
EDUCACION DE LAS MUJERES

ó

LA QUIJOTITA

y

SU PRIMA

### CAPÍTULO PRIMERO

En el que se da razón de quiénes fueron estas dos señoras, y de la primera educación de ambas

En una de las casas de esta populosa ciudad vivía doña Eufrosina Contreras, mujer de don Dionisio Langaruto, y hermana de doña Matilde, esposa de don Rodrigo Linarte, coronel retirado de no sé qué regimiento.

Estos últimos señores vivían pared en medio de la

casa de don Dionisio; pero tan inmediatas estaban las habitaciones, como distantes los genios de las hermanas y conuños; porque don Dionisio era semijoven, rico y totalmente dado al lujo y á lo que dicen gran mundo; y el coronel ya se acercaba á los cuarenta y cinco años de edad, su fortuna era algo mediana y su carácter serio y cortesano.

El primero sólo pensaba en el juego, bailes, tertulias, modas y paseos; y el segundo, sin declinar en ridículo ni extravagante, se divertía sin disiparse y se entretenía, lo más del tiempo que tenía desocupado, en la lectura de buenos libros.

Como las mujeres, por lo común, siguen el ejemplo de los maridos, Eufrosina era una petimetra ó curra de las últimas modas; su casa una perfecta sociedad de caballeros almidonados, y su vida un continuado círculo de diversiones y alegrías.

Doña Matilde, por el contrario; acostumbrada desde muy niña al reposo de su marido, se divertía grandemente con el cuidado de éste y de su casa, y cuando quería desahogarse lo hacía con su clave, que tocaba diestramente.

No por esto se entienda que su esposo era un mono que la privaba de otra clase de diversiones honestas. Nada menos: ella tenía y correspondía sus visitas y se franqueaba á cuantos convites le hacían, especialmente

á aquellos cuya asistencia prescribía la amistad y política; pero siempre en compañía de su esposa tratando de sobresalir en lujo; sencillez que la hacía más estimable de las gentes sensatas.

Sin embargo de lo opuesto de los naturales de estas familias, se amaban con extremo, ya por los vínculos de la sangre, y ya por la prudencia del coronel y su esposa, que jamás se oponían á sus hermanos, ni chocaban contra su gusto, antes condescendían con ellos en cuanto no les era perjudicial, con cuyo arte cultivaban el cariño de día en día.

Tanto creció éste, que no pudiendo sufrir las hermanas la separación de casas, aunque tan inmediatas, trataron de que se abriera una puerta en la pared que las dividía, haciendo de este modo de las dos casas una, y facilitando el vivir juntas y separadas á un mismo tiempo.

Abrióse, pues, la puerta, se estrechó más la comunicación, como era regular, y esta puerta me facilitó observar más de cerca la conducta de ambas familias, porque yo pertenecía á la de don Rodrigo, con quien vivía, por ser mi tutor.

Casi á un tiempo estuvieron grávidas las dos hermanas, y casi á un tiempo dieron á luz los frutos de sus vientres con la mayor felicidad, aunque éstos no la lograron igual en el discurso de su vida.



Doña Eufrosina, después que parió á su hija, á quien pusieron por nombre Pomposa, la entregó al brazo secular de las tías y nodrizas, y no la volvió á ver hasta que la sacó á misa. Su mayor cuidado y conato fué curarse y fortalecerse con buenas gallinas y ricos vinos, los días que la preocupación <sup>1</sup> señala de cama á las paridas.

Con semejante esmero se levantó famosa y rozagante, al mismo tiempo que su hermana doña Matilde tenía algo quebrado el color, por razón de que criaba á sus pechos á su niña Pudenciana.

Entre las visitas de la casa, no faltaban algunas señoritas que celebraban la robustez de Eufrosina, apoyando el arbitrio de no criar á sus hijos. — Haces muy bien, niña, le decían, haces muy bien de no criar á tus hijos. Yo así lo hago, y ya ves qué buena salud gozo después de haber parido ocho muchachos.

— Con razón, decía otra; yo pariera veinte y no criara uno; porque la crianza acaba á las mujeres, y por fin, no es moda, ni se quedan estas cosas para las personas de nuestra clase, sino para las *pobretas* y gente ordinaria. — ¡Ya se ve que sí! decía otra. ¿Qué dijera la marquesa Tijereta, la Tremenda y otras señoritas que visitan esta casa, si vieran á Eufrosina criando á su hija

<sup>1</sup> La preocupación consiste en que sean precisamente cuarenta días de cama, y no más ni menos, cuando este tiempo se debiera ordenar según la constitución y robustez de la paciente, y no según una rutina que inventó el chiqueo y no la necesidad.

como una *chichi* alquilona? — ¡Jesús! ni pensarlo, decía una chatilla remilgada. A mí nada me va ni me viene; pero se me encoge el corazón de ver á tu hermana Matilde cargando al nene todo el día, y á éste chupándole la mitad de la vida; no en balde está la pobre tan descolorida y flaca, que parece gato de azotea. ¡Qué ordinario y qué mezquino debe ser el viejo de su marido!

— Yo hartó me mortifico de estas cosas, respondía Eufrosina; hartó le decimos á don Rodrigo, y aun nos hemos ofrecido á pagarle la *chichi*; mas no hay forma de entrar por el aro; siempre nos sale con que es obligación precisa de las madres; que la que no lo hace así no merece este nombre, y otras tonterías semejantes.

— Sí, lo creo, decía la chata; si vieras qué trabajo me costó imponer á mi marido á que pagara *chichiguas* para sus hijos, ¡oh! eso fué mucho. ¡Sobre que el señor mío estaba acuñado á la antigua y presumía de muy filósofo y racional! ¡Qué sermones me echaba, qué comparaciones me ponía y qué cuentecillos me hacía leer! pero no le valió. Mi constante respuesta era decirle que todas estas eran faramallas, vejestorias y arbitrios de mezquinos; que yo era una señora decente, y era muy mal visto en las de mi rango esa clase de trabajo y tarea, propia de la gente ruin y miserable, y que, por último, yo estaba resuelta á ahogar á los muchachos antes que

permitir que ellos me exprimieran hasta la última gota de mi sangre.

Cuando mi marido oía semejantes razones hacía del enojado y se marchaba á la calle. Me acuerdo que en mi primer parto, en una de éstas, se fué y no vino hasta la noche sin traer *chichigua*, creyendo que yo me había de ablandar á los gritos del muchacho; pero ¡cuándo! Él lloró hasta que se cansó, sin querer tomar la leche que le daban las criadas, mas no probó la mía. Hubo en casa por esto un san Quintín desesperado, cuando lo supo mi marido; pero yo conseguí salirme con la mía y que lo criara una negra retobada como el diablo, y creo que gálica, por señas que el niño se murió á pocos días medio podrido, y desde entonces, ya mi marido tiene buen cuidado de buscar *chichis* robustas á sus hijos.

Algunas de estas conversaciones pasaban delante de doña Matilde, y ésta sencillamente las refería á su marido, quien le decía:—Hija, no hagas caso de las producciones de esas locas. El ídolo que adoran es su carita, y con tal que ésta no desmerezca, poco cuidado se les da de atropellar las leyes de Dios y de la naturaleza. Mucho y bien han declamado los sabios contra este abuso; pero nunca lo bastante para exterminarlo de las sociedades...

A este tiempo tocaron la campanilla de la escalera,

abrieron el portón, y entró precipitadamente en la sala haciendo un terrible ruido con las espuelas y seguido de una vieja, un payo con su mangota embrocada, su paño de sol en los hombros, sus botas de campana y dos perritos en las manos, y sin quitarse el disforme sombrero dijo:—Ave María, seor amo...—¿Qué es esto, Pascual? le preguntó el coronel; ¿qué te ha sucedido? ¿qué tienes que te vienes ahogando?

—¡Qué he de tener, señor! decía Pascual (que era mayordomo de un ranchito que tenía el coronel); ¡qué he de tener! Estas son unas picardías, unas perradas que no se pueden aguantar entre cristianos. No sé cómo no caen rayos á manojos y acaban con la ciudad.

—Pues, vaya, repetía el coronel; ¿qué te ha sucedido?—¡Qué me ha de suceder! En malora me encargó el señor cura de mi tierra que tragiera una carta en la calle de... de... quién sabe cómo se llama la calle; pero ello es que el rétulo de la carta era para la señora Lustrina...—Liduvina se llama mi ama, que no Lustrina, decía la vieja muy enojada; ¡habráse visto! ¿que hasta eso más es usted ponenombres? ¿ó ya se metió á arzobispo para confirmarla?—Todo está güeno, decía el payo; ¿cómo dice que se llama su ama?—La señora doña María Liduvina...—*Axcán*, ansina, eso es, reponía Pascual; así se llamará, sino que como yo tengo mal